

20^o domingo tiempo ordinario Año C – pequeño comentario a las lecturas
Dr. Emilio G. Chávez

Jr 38:4-6, 8-10; Lc 12:49-53

Este domingo nos presenta el tema del juicio. Lo esencial del juicio es distinguir, entre inocente y culpable, entre bueno y malo, entre conveniente e inconveniente, entre lo perdurable y lo perecedero. Por esto último es que el juicio en la Biblia a menudo se presenta como producto del fuego: el fuego se encarga de destruir lo que no sirve, lo sucio. Los objetos contaminados en el Antiguo Testamento se podían purificar por el fuego, cuando el agua no bastaba. Así Juan Bautista distingue entre su bautismo por agua y el bautismo por Espíritu Santo y fuego del que vendrá, Lc 3:15-18. Pablo habla del juicio sobre nuestras obras por fuego, 1 Co 3:10-15.

La primera lectura nos presenta al profeta Jeremías, que causó división en su pueblo. La mayoría de la gente no discernía la amenaza que constituía Babilonia. Creían las palabras de los falsos profetas que Dios no había enviado, profetas que aseguraban que habría bienestar, que Judá quedaría a salvo de los babilonios, que ¡los egipcios! los ayudarían. Estos falsos profetas profetizaban por un salario, por dinero, no decían la verdad no tenían los verdaderos intereses del pueblo en su corazón. Jeremías sí había sido enviado por Dios como hombre contradictorio, que anunciaba la ruina, el destierro, la derrota del ejército de Judá infiel. Por eso lo acusan de traición, de “aflojar las manos de los soldados” (desmoralizarlos, desanimarlos). Desde el punto de vista humano, el “patriotismo” es bueno, hace falta la cohesión social. Desde el punto de vista divino, es la verdad la que nos libra, aunque sea dura y cause división. Es así cómo se sabe cómo realmente están las cosas, quién es quién., como dice Pablo en 1 Co 11:19. Al final, Judá fue derrotada por los babilonios, su templo fue arrasado, y fueron al destierro, como había profetizado Jeremías. Pero cuando lo decía de antemano, no le creían.

Jesús mismo habla del fuego, del fuego de una gran prueba, que mostrará quién es él. Ya lo había dicho el sabio, que al justo lo pondrían a prueba los malvados, que había que ver cómo moriría, para ver si realmente era hijo de Dios, Sb 2:17-20. El justo sufriente sería probado como prueban los metales en el crisol, Sb 3:6. La pasión de Jesús fue lo que hizo de él el “testigo fiel,” Ap 1:5.

Curiosamente, esta prueba tipo holocausto de Jesús, con fuego, es también descrita como bautismo en nuestro evangelio de este domingo. Cristo nos dice que tiene que haber fuego, fuego

que juzgue, que purifique, que encienda la tierra. Y sólo vendrá la paz cuando a través del fuego desaparezca todo lo corrompido, lo contaminado, lo que no sirve. Con el juicio viene la división, para que así se manifieste lo verdadero, y los que están de parte de la verdad.